



Bookshelf

---

2013

# Aprendices, fabriqueras y obreros: El trabajo industrial en la narrativa argentina del siglo XX (1930-2007)

Karina Elizabeth Vázquez

University of Richmond, kvazquez@richmond.edu

Follow this and additional works at: <http://scholarship.richmond.edu/bookshelf>

 Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

---

## Recommended Citation

Vázquez, Karina Elizabeth. *Aprendices, fabriqueras y obreros: El trabajo industrial en la narrativa argentina del siglo XX (1930-2007)*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2013.

**NOTE:** This PDF preview of *Aprendices, fabriqueras y obreros: El trabajo industrial en la narrativa argentina del siglo XX (1930-2007)* includes only the preface and/or introduction. To purchase the full text, please click [here](#).

This Book is brought to you for free and open access by UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Bookshelf by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact [scholarshiprepository@richmond.edu](mailto:scholarshiprepository@richmond.edu).

Karina Elizabeth Vázquez

**Aprendices, fabriquetas y obreros**  
El trabajo industrial en la narrativa argentina  
del siglo XX (1930-2007)

**Editorial Biblos**  
Teoría y crítica

Vázquez, Karina Elizabeth

Aprendices, fabriqueras y obreros: el trabajo industrial en la narrativa argentina del siglo XX: 1930-2007.- 1a ed.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2013.

210 pp.; 16 x 23 cm. (Teoría y crítica)

ISBN 978-987-691-219-8

1. Crítica Literaria. I. Título

CDD 801.95

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*

Armado: *María Vives*

© Karina Vazquez, 2013

© Editorial Biblos, 2013

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires

*info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com*

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición se terminó de imprimir en Imprenta Dorrego, Avenida Dorrego 1102, Buenos Aires, República Argentina, en noviembre de 2013.

## INTRODUCCIÓN

### **Un nervio no clasificado: la relación entre literatura, cultura y trabajo en la Argentina del siglo XX**

*En el fondo de los ojos de estos ex hombres se diluye una niebla gris. Cada uno de ellos ve en sí un misterio inexplicable, un nervio aún no clasificado, roto en el mecanismo de la voluntad. Esto los convierte en muñecos de cuerda relajada, y este relajamiento se traduce en el silencio que guardamos.*

Roberto Arlt, *Las fieras*

### **¿Existe una espiritualidad del trabajo?**

Hacia la década del 30, Simone Weil no formula esta relación como un interrogante, sino como una afirmación. La autora de *La condición obrera* (1951) piensa que es posible restablecer el dominio del trabajador sobre el trabajo si éste recupera “Las condiciones de más alto ejercicio de las facultades discursivas e intuitivas, así como las de mayor habilidad corporal” (38) en el trabajo industrial. De este modo, perdería sentido el antagonismo entre lo manual y lo intelectual que separa las tareas de ejecución de las de diseño. La organización racional del trabajo dejaría de responder a la lógica del beneficio, estaría orientada por las necesidades sociales y, fundamentalmente, tendría un sentido de responsabilidad social colectivo. Según la filósofa francesa, las manifestaciones del arte se articularían alrededor del cansancio y las necesidades esenciales del trabajo, al mismo tiempo que las circunstancias laborales permitirían existir todo arte. Eso vislumbraba Weil hacia fines del 30. La actual realidad laboral nos muestra que eso aún no sucedió.

Este libro parte de la necesidad de reflexionar sobre dos hechos: la experiencia inédita del tiempo, impuesta por los cambios en el componente tecnológico en el mundo del trabajo, y el retorno al campo literario argentino de la estética realista bajo la denominación de nuevos realismo(s). Un tercer hecho sobre el que este texto trazará algunas reflexiones iniciales es la presencia o ausencia temática del trabajo industrial en la producción literaria femenina. La intermitencia con la que las escritoras han dado cuenta del trabajo, especialmente el asalariado, pondrá de relieve la importancia de la variable “género/clase” en la relación entre trabajo, cultura y literatura. No obstante, la escritura femenina no ocupa un lugar central en este estudio, sino transversal; su mención responde a las preguntas sobre la representación social y cultural del trabajo asalariado industrial, y no a las formuladas de forma sistemática a partir de un corpus literario exclusivamente femenino (teatro, poesía, narrativa, periodismo, ensayo). El análisis propuesto en este estudio esbozará una línea explicativa sobre la relación existente entre la discontinuidad femenina en la representación del trabajo industrial, las representaciones hegemónicas del trabajo y la cultura, y la inserción sociolaboral de hombres y mujeres desde 1920.

El punto de partida de este estudio es la “coexistencia” entre los discursos que organizan el sentido de las identidades de clase/género y de las percepciones de la realidad, y los discursos de saber mediante los cuales se analiza e interpreta tales identidades y percepciones. El concepto central aquí es el de episteme (Foucault 1968), al cual se lo entiende como el orden en el que se han constituido las condiciones de posibilidad de un *a priori* histórico y de un discurso de conocimiento (7). El análisis de los textos presentado aquí pretende demostrar que ni el orden del cual surgen, ni el orden o los órdenes en ellos representados, son los únicos posibles. Tampoco son la manifestación de una incipiente tendencia o de un “progreso”, sino la expresión de una posible representación entre las muchas que coexisten. Al respecto, se ha seguido la noción de “serie literaria” formulada por Andrés Avellaneda (1995), que establece como tal a conjuntos de textos a los cuales se les asigna una significación posible (entre otras) dentro de ese grupo de textos, sin que pierdan significación individual u otras significaciones plausibles dentro de otras series: “La propuesta de examinar una serie literaria desde el ojo de una forma específica interesa en la medida en que se logre articular un interrogante sobre la práctica concreta de esa forma: es decir, sobre su lugar en la serie y su existencia en medio de otras alternativas” (Avellaneda, *Construyendo el monstruo: modelos y subversiones...*, 219).

Este libro presenta una serie literaria compuesta por textos publicados entre fines de la década del 20 y comienzos del nuevo milenio a partir de la cual se propone repensar críticamente el lugar del trabajo en la sociedad. El objetivo ha sido estudiar el modo en el que se relacionan los campos de la literatura y la cultura con el mundo laboral, y la forma en la que la narrativa ha dado cuenta de esta relación. La historia literaria argentina debería contar en su canon con textos escritos por trabajadores, para quienes la escritura haya sido el resultado de la difícil articulación entre el deseo y las limitaciones materiales de la existencia. Pero, por las condiciones en que muchos de esos trabajadores escribieron y por las modalidades de publicación, lamentablemente no es posible contar, hasta la fecha, con un registro sistemático de tal producción más allá de menciones presentes en trabajos ejemplares como los de Juan Suriano, sobre cultura libertaria (2001), y Mirta Zaida Lobato, sobre la prensa obrera (2009). El antagonismo entre el mundo del trabajo y la cultura ha marcado una línea divisoria, ya sea en nombre de la calidad literaria o en el de las normas de la profesión, la cual nos ha privado de conocer otras percepciones y visiones sobre el trabajo industrial.

El “imaginario social” argentino resulta de un sistema cultural de conceptualizaciones binarias amplio en el que “las artes útiles y las artes literarias, el libro y la máquina, las letras y la tecnología, lo manual lo intelectual,<sup>1</sup> la cabeza y el cuerpo” son términos polarizados

1. Antonio Gramsci afirma que la categoría de “intelectual” no es producto de la posesión de unas facultades específicas, sino de un papel que la sociedad le atribuye a un individuo cuyo saber especializado tiene la función de apoyar un determinado modo de ejercer el poder. Gramsci llega a esta conclusión luego de preguntarse si es posible encontrar un criterio único para distinguir las actividades de los intelectuales de las de otros grupos sociales. Para el filósofo italiano, “el error metodológico más difundido consiste [...] en haber buscado este criterio de distinción en las características intrínsecas de las actividades intelectuales y no en el conjunto del sistema de relaciones en el que éstos [...] se encuentran en el complejo general de las relaciones sociales” (Gramsci, 30). El trabajo puramente físico o intelectual no existe como tal, pues la tarea intelectual se halla presente también en la labor manual; es decir, cualquier trabajo físico y mecánico involucra un mínimo de calificación. El lugar social de la figura que asumen tales cualidades, llámese ésta empresario, periodista, maestro u operario, no deriva de un valor inherente, sino de las relaciones en las que se estas figuras se hallan insertas, y de la función que cumplen en ellas. La conclusión de Gramsci es que “todos los hombres son intelectuales; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales” (Gramsci, 31). En la tradición intelectual argentina, el discurso socialista es uno de los pilares en la formación de un imaginario social en el que la representación del trabajo queda asociada a la de un tiempo sin valor, en tanto tiempo de reproducción mecánica de una tarea. El discurso socialista de la década del

(González-Stephan, 86). Estas polarizaciones, que se entroncan con otras como lo bárbaro y lo civilizado, lo oral y lo escrito, recorren la historia cultural hispanoamericana y guardan relación directa con las fronteras civilizadoras dentro de las cuales la “ciudad letrada” (Rama, 1984), ha establecido las normas culturales de la comunidad desde el período de la colonia. Bajo estas prácticas polarizantes, se ha postulado el “funcionamiento social” (Mukarovský, 2011) de las normas estéticas a partir de la relación dialéctica tanto entre el arte y los hechos estéticos extraartísticos, como entre los hechos pertenecientes estrictamente al campo del arte y la colectividad o los conjuntos de prácticas sociales. En una propuesta que intenta cuestionar la legitimidad y funcionalidad de tales dicotomías, el eje en torno al cual se articula todo este libro es la significación espiritual del trabajo. Puede afirmarse entonces, que los análisis propuestos aquí están guiados por los siguientes interrogantes: ¿cuál es la significación literaria de la representación del trabajo?, ¿qué función social cumple una determinada representación literaria del trabajo? y, sobre todo, ¿hasta qué punto el surgimiento de los nuevos realismos de fines del milenio da cuenta de un cambio en el campo de la experiencia laboral? Para responderlos, este estudio indaga la relación entre trabajo, cultura y literatura desde una perspectiva histórica y multidisciplinaria.

El análisis propuesto aquí toma en cuenta tres epistemes específicas: 1) la coexistencia, en el proceso de formación de un sector asalariado industrial durante las décadas del 30 y del 40, de los discursos de la izquierda y de los sectores medios, con la profesionalización de la escritura; 2) la coexistencia de los resultados de la industrialización del 40 y del 50 con el reajuste ideológico introducido por el peronismo y la literatura del compromiso; y 3) la coexistencia de la actual crisis del mundo del trabajo, del debate cultural desatado por la crisis de la clase media y de las revisiones del pasado dictatorial reciente, con el retorno del realismo. La serie literaria estudiada a partir de las coordenadas planteadas en cada episteme incluye a los escritores Roberto Arlt, Andrés Rivera, Germán Rozenmacher, Osvaldo Lamborghini, Rodolfo Fogwill, Sergio Chejfec y Aníbal Jarkowski.

¿Por qué estos autores? Sus textos no plantean una visión preceptiva del trabajo, como sucede en *El matadero* de Esteban Echeverría, *Historia de arrabal* (1922), de Manuel Gálvez, *Los charcos rojos* (1927), de

---

20, que contribuye a la formación de los hábitos culturales de los sectores medios, prioriza la educación de los trabajadores como medio de adquisición de la conciencia que garantizaría la integración cívica.

Bernardo González Arrilli, *Don segundo Sombra* (1926), de Ricardo Güiraldes, *Villa miseria también es América* (1957), de Bernardo Verbitsky, *Los dueños de la tierra* (1958), de David Viñas, o incluso en la reciente *La nueva rabia* (2008), de Marcelo Eckhardt. Aunque no son el centro de análisis, son igualmente abordados, al igual que en otros textos entre los que se pueden contar también *La vendedora de Harrods* (1919), de Josué Quesada, *La hija del taller* (1921), de Julio Fingerit, o *La guacha* (1921), de Carlos Muzzio Sáenz Peña. En la mayoría de estos relatos y novelas se reafirma el antagonismo entre lo manual y lo intelectual, subsidiario del antagonismo fundante “civilizado versus bárbaro”. A pesar de que en ellos hay presente una crítica al sistema social, la representación del trabajo aparece como un núcleo semántico que irradia una normativa binaria sobre los cuerpos, las mentes y las emociones, que se corresponde con los valores de una incipiente sociedad capitalista y, fundamentalmente, con una forma de conocimiento y significación de “lo real” en la que operan las categorías y los binomios de la sociedad burguesa occidental, tales como lo público versus lo privado, lo íntimo versus lo exterior, etc. Autores tan diversos como el católico-conservador Gálvez, el socialista González Arrilli y el devenido anarquista Castelnuovo concibieron su narrativa con afán pedagógico. Pero tanto anarquistas, como socialistas compartieron visiones sobre el trabajo, la cultura y la mujer (Suriano 2001) formuladas desde la noción letrada de la cultura y, sobre todo, con la idea de acercarse a un público “silencioso y atento” con urgente necesidad de ser “educado”. Los autores estudiados aquí, como se verá a lo largo de los capítulos, se distancian de esta perspectiva, sobre todo, del imperativo de educar al lector.

Pero, ¿por qué hombres y no mujeres? Como se ha mencionado anteriormente, la mirada literaria femenina sobre el trabajo se presenta de modo intermitente y diverso. El trabajo semicalificado de oficinista al que Alfonsina Storni se refiere en sus artículos periodísticos, los empleos calificados y no calificados manuales en las novelas de Susana Silvestre en la década del 90 y, más recientemente, la informalidad en la novela *Combi* (2008), de Ángela Pradelli, o en *Alta rotación* (2009), de Laura Meradi (crónica), son representaciones cuya continuidad y contigüidad han estado condicionadas por el papel que ha jugado la relación género/clase en los sistemas literarios argentinos. El carácter de la representación literaria del trabajo industrial, tanto desde la óptica femenina, como desde la masculina, sin duda guarda relación con el modo de inserción de la mujer en el campo de la escritura profesional y, sobre todo, con los mecanismos mediante los cuales la discursividad



masculina hegemónica ha definido lo femenino. Introyectando y al mismo tiempo criticando esas categorías, las mujeres han construido representaciones sobre sí mismas, de su relación con el trabajo y con la escritura, que no están desvinculadas de los modos en que han participado de la actividad económica, particularmente del mercado de trabajo, a lo largo de la historia y, sobre todo, de las formas en que la lógica binaria burguesa ha construido una estructura emocional funcional a los espacios y relaciones de producción capitalista (Illouz 2007).

A modo de rebote, el análisis de la modalidad narrativa bajo la cual el trabajo y sus transformaciones aparecen en el discurso literario, abrirá interrogantes sobre los mecanismos de legitimación social en cada una de las epistemes señaladas. Este análisis es en gran medida una indagación sobre el modo en el que el campo cultural se ha relacionado con el mundo laboral en tanto ambos son espacios circunscriptos por determinaciones ideológicas. La literatura no sólo establece una relación con el trabajo concreto en el ámbito de la producción social y cultural, sino que también mantiene una relación con el imaginario en torno del trabajo, con el conjunto de representaciones sociales que involucran la reproducción material de los individuos. De este modo, con el foco de atención en el trabajo, la relectura de Roberto Arlt revisará el alcance de los preceptos de la cultura hegemónica; el análisis detallado de Andrés Rivera, Rozenmacher y Lamborghini reexaminará los alcances del reajuste ideológico-cultural del primer posperonismo; el estudio de Rodolfo Fogwill indagará en las nuevas coordenadas de la cultura, el trabajo y la producción intelectual posdictadura y, por último, el examen de las novelas de Chejfec y Jarkowski revisará la forma en que la práctica literaria se entiende a sí misma dentro del marco impuesto por la lógica neoliberal de los 90 y su posterior crisis, la cual no sólo condujo el agravamiento de la precariedad laboral, sino también al retorno de viejas situaciones laborales y a la creación de otras inéditas.

En la actualidad, las fronteras entre lo calificado y lo no calificado, lo manual y lo intelectual, han sucumbido claramente a las transformaciones en la estructura y la organización del trabajo que comenzó con la incorporación del componente electrónico en la década del 70 y de las tecnologías de gestión hacia fines de los 80. Dentro del universo literario, estas transformaciones tampoco han pasado desapercibidas. El mundo de lo laboral y los cambios asociados a éste

integran el imaginario<sup>2</sup> colectivo y el conjunto de ficciones sociales<sup>3</sup> que nutren un particular sistema literario. Desde ese lugar de enunciación específico, la literatura define sus propios códigos de trabajo sobre el lenguaje, se posiciona social, cultural y políticamente frente a otros discursos y prácticas sociales, y participa del proceso de reproducción o trasgresión ideológica de los discursos dominantes o hegemónicos. Es decir, del mantenimiento del equilibrio ideológico con el universo del lector. El campo de la investigación y crítica literaria no ha prestado atención sistemáticamente a la representación literaria del trabajo y de sus transformaciones, así como tampoco ha abordado el carácter de la relación entre la práctica literaria y el mundo del trabajo, y el papel de este vínculo en los procesos de reajuste ideológico-cultural en los cuales el discurso literario es uno más.

En un recorrido por la narrativa argentina desde el siglo XIX hasta el presente, se observa que en ciertos momentos el trabajo ha sido el núcleo semántico que ha servido para posicionar al intelectual dentro del sistema cultural y en una determinada correlación de fuerzas políticas e ideológicas. *El matadero* (1838-1871), de Esteban Echeverría,

2. Lo imaginario se entiende aquí de la siguiente manera: “Lo imaginario debe utilizar lo simbólico, no sólo para «expresarse», lo cual es evidente, sino para «existir», para pasar de lo virtual a cualquier otra cosa más [...] el simbolismo presupone la capacidad imaginaria, ya que presupone la capacidad de ver en una cosa lo que no es, de verla otra de lo que es [...] la capacidad elemental e irreductible de evocar una imagen [...] La visión moderna de la institución, que reduce su significación a lo funcional, no es sino parcialmente correcta. En la medida en que se presenta como la verdad sobre el problema de la institución, no es más que proyección. Proyecta sobre el conjunto de la historia una idea tomada, no ya de la realidad efectiva de las instituciones del mundo capitalista occidental [...] sino de lo que este mundo quisiera que fuesen sus instituciones” (Castoriadis, 226)

3. El concepto de ficción es aquí entendido en el sentido que le otorga Piglia en una entrevista con Mónica López Ocón. A la pregunta “¿Cuál es la especificidad de la ficción?” responde de la siguiente manera: “Me interesa trabajar esa zona donde se cruzan la ficción y la verdad. Antes que nada porque no hay un campo propio de la ficción. De hecho todo se puede ficcionalizar. La ficción trabaja con la creencia y en este sentido conduce a la ideología, a los modelos convencionales de realidad y por supuesto también a las convenciones que hacen verdadero (o ficticio) un texto. La realidad está tejida de ficciones” (10). Esta idea de la realidad como un entramado de ficciones se aclara al ver cómo funciona la ficción en la realidad y cuál es su poder. En otra entrevista, con Carlos Dámaso Martínez, para Piglia “hay una red de ficciones que constituyen el fundamento mismo de la sociedad, la novela trabaja esos relatos sociales, los reconstruye, les da forma. La pregunta en realidad sería: ¿de qué modo la novela reproduce y transforma las ficciones que se traman y circulan en una sociedad?” (101).

es un buen ejemplo inicial acerca de la relación del intelectual con el trabajo manual. El espectáculo de fluidos, gritos y destreza manual que ofrece “el matadero” despierta en el intelectual la aversión por la masa sin educación. Lo manual se opone a lo intelectual delimitando no sólo un posicionamiento social, sino una relación de poder: el intelectual es el que interviene desde el pensamiento, y aquel que realiza un trabajo manual es el intervenido por ese pensamiento.

En el siglo XX, novelas distantes entre sí tanto por lo histórico, como por lo estético, formulan interrogantes sobre la naturaleza de la relación entre el trabajo, la cultura y la literatura que también se hallan presentes en el ensayo, en el teatro, la poesía, el periodismo, el cine y las artes plásticas. En el campo de la narrativa, estos interrogantes se han expresado frecuentemente mediante la práctica ortodoxa del realismo<sup>4</sup>. El principio de verosimilitud que desde comienzos del siglo XX ha guiado la representación del mundo de la fábrica y de los obreros, así como sus padecimientos y luchas, ha estado determinado por la estricta correspondencia entre los referentes del campo semántico extraliterario y el texto. Sin embargo, como se ha mencionado anteriormente, la realidad actual formula condiciones de escritura y “realidades” que parecen exigir otro principio de verosimilitud. La representación del mundo de la fábrica y de los obreros no se aleja de lo versímil, sino que haciéndose eco de los debates sobre el realismo que tuvieron lugar desde mediados de los 70, la narrativa actual propone una mirada reflexiva sobre la representación de “lo real” al mismo tiempo que busca dar cuenta de múltiples realidades. Novelas como *Boca de lobo* (2000), de

4. Realismo estricto no significa que el empleo de herramientas literarias para la construcción de un texto realista tenga un carácter inmanente. La estética realista está atravesada por el modo en se relacionan lenguaje, discurso e historia. Como observa Roman Jakobson, no hay un único consenso acerca de los atributos que le confieren un carácter realista a un texto, sino que este consenso, así como los atributos, van modificándose históricamente a causa de la naturaleza ideológica del lenguaje y su relación con el contexto de su producción. Por lo tanto, texto realista aquí refiere a un texto que se ajusta a los parámetros establecidos para el realismo en el momento en que el texto es producido. Ian Watt, al mencionar la estrecha relación entre el realismo y el surgimiento de la novela como género literario frente a otros, indica la importancia del tiempo y el espacio en la conformación del relato realista. Tiempo y espacio no sólo se refieren a formas narrativas de la novela, sino que remiten a una diferente concepción epistemológica de las nociones de tiempo y espacio en un momento histórico particular. Esto permite comprender, desde otro ángulo la idea de “relativismo” en torno al realismo que se desprende de la interpretación de Jakobson.

Sergio Chejfec y *El trabajo* (2007), de Aníbal Jarkowski problematizan la legitimidad de los parámetros de la modalidad alusiva que, frente al desprestigio del realismo, predominó desde mediados de los 70 hasta mediados de los 90. Ambos textos revisan críticamente las prerrogativas del sistema cultural hegemónico recurriendo al trabajo como núcleo semántico y proponen un interrogante: ¿hacia dónde condujo el distanciamiento entre ficción y realidad impuesto como respuesta a la experiencia de la última dictadura militar (1976-1983)?<sup>5</sup>

Para responder a esta pregunta se analizará la relación entre el trabajo y la literatura desde los parámetros estéticos del realismo, dado que el rechazo o la aceptación de la estética realista ha sido central en los momentos en que la respuesta literaria al contexto histórico impuso, reafirmó o propició formas de narrar (o escuelas). ¿Por qué es el realismo la estética con la que, a pesar de su crisis, se vuelve a plantear en la ficción el tema del trabajo, del desempleo, el obrero y la fábrica, en un presente en el que se asiste a la “desproletarización”<sup>6</sup> de la sociedad? ¿A

5. Es interesante señalar que esta pregunta tiene su eco en el pasado. El problema del distanciamiento entre los intelectuales y las masas que asoman a la política fue central en los trabajos críticos del período posperonista inmediato. Se formuló en los trabajos sobre la aplicación literaria de la teoría sartreana del “compromiso”. Hacia fines de los 50, los integrantes de Contorno, junto con el balance sobre el peronismo y sus efectos en la cultura, revisaban la literatura a partir de su capacidad para “problematizar” y representar aspectos de la sociedad. Para Altamirano, en las críticas de los miembros de Contorno “pueden leerse interrogantes sobre a quién representa la literatura, cuáles son las exigencias que puede hacerse a esa representación, de qué modo los textos literarios invisten temas sociales e ideologías. En una palabra, ¿cómo se hace una lectura sociohistórica de la literatura, que tendrá, por el hecho de ser sociohistórica, valor político? ¿Qué debe ser la literatura en relación con la ideología burguesa? ¿Cómo actuar con la literatura? ¿Cómo leer y escribir políticamente?” (Altamirano, 93). Este espíritu crítico puede observarse en David Viñas en un artículo de Contorno de 1954, para quien “en la Argentina... sólo se salvan los que de una manera u otra denuncian su contorno, lo que les concernía... En Echeverría, en Sarmiento mismo, en Hernández, en Cambaceres, en Payró, en Sánchez, en cierto Gálvez, en Quiroga, en Arlt, incluso en Mallea, esa constante aparece inequívoca. Lo mejor de sus obras respectivas sobrevive al superar toda identificación paralizante conjugando lo demoníaco y lo angélico en el ejercicio constante de lo que bien podría llamarse integración polémica” (45). Más adelante, en los 70, el interrogante sobre el distanciamiento entre los intelectuales y las masas, lo los sectores populares, vuelve a formularse en el campo de la semiótica en los análisis sobre la cultura de masas.

6. El término “desproletarización” de la sociedad se utiliza aquí en un sentido que abarca no solo a la pérdida del empleo sino también al deterioro de las redes institucionales que refuerzan y prolongan la pobreza estructural. Javier

qué planteos el sistema literario argentino responde esta nueva apuesta? ¿Qué dice sobre la conformación del campo literario, intelectual y crítico de la argentina como campos interpretativos? ¿Qué subtextos ideológicos cuestionan los “nuevos realismos”?

El primer capítulo, “Gramática de la cultura y sintaxis del trabajo en la narrativa de Roberto Arlt”, estudia fundamentalmente tres textos de este escritor: *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931). En el marco temporal delimitado por el primer período de industrialización y la gran depresión (1930-1945), este capítulo analiza la representación textual de la relación entre el trabajo asalariado, semicalificado o no calificado manual y educación formal, con el objeto de explorar los rasgos de la relación contingente entre trabajo y cultura. El tratamiento del tiempo en los núcleos semánticos “trabajo” y “robo”, el uso de la estrategia de la desfamiliarización y el montaje discursivo, ponen en evidencia una crítica textual a la concepción social de “uso del tiempo”. Del mismo modo en que Alfonsina Storni, desde una perspectiva “feminista-ilustrada”, señala en sus notas periodísticas sobre las mujeres y los empleos la naturaleza alienante de la “jornada laboral”, Roberto Arlt, desde una visión “anarquista-ilustrada” cuestiona las representaciones sociales antagónicas del trabajo y de la cultura, construidas en torno a la noción de “tiempo muerto” y alienación.

El segundo capítulo, “De casa al trabajo y del trabajo a casa: Los cambios en el mundo del trabajo y la réplica literaria bajo el signo del peronismo”, abarca desde el surgimiento del peronismo (1945-1955) hasta los momentos previos a la última dictadura militar (1976-1983), y estudia la forma en que el discurso literario participó del reajuste cultural e ideológico que comenzó en 1955 con el derrocamiento de Perón. Mediante el análisis de la novela *El precio* (1956), de Andrés Rivera, del cuento “Cabecita negra” (1963), de Germán Rozenmacher y los relatos “El fiord” (1969), y “El niño proletario” (1973), de Osvaldo Lamborghini, este capítulo explica de qué forma la inversión del topos de la invasión formulada por Andrés Avellaneda (*El habla de la ideología*, 1982) en estos textos refracta los conflictos irresueltos y de los límites ideológicos que el peronismo le presentó a un sistema cultural dador de prestigio. Mediante el análisis de las representaciones del trabajador y el “cabecita negra” este capítulo plantea el papel del discurso literario en

---

Auyero (22-24) habla de procesos de destitución social y se refiere a ellos como la perpetuación y agudización de la privación material y de la marginación económica y cultural.

la propagación del “estigma” del peronismo en su asimilación dentro del sistema cultural posterior al golpe de 1955.

Los efectos culturales de las transformaciones sociales, económicas y políticas creadas por el terrorismo de Estado impuesto por la última dictadura militar (1976-1983) son el punto de partida del tercer capítulo, “Trabajadores, militantes e intelectuales en la dictadura y después”. El análisis aquí se centra en una novela en particular, *En otro orden de cosas* (2001), de Rodolfo Fogwill, e indaga el modo en que la literatura posdictatorial, fundamentalmente aquella que cuestiona el paradigma alusivo-alegórico de los 80, replantea la percepción de la relación entre trabajo y cultura y propone, al mismo tiempo, una vuelta al relato realista. Una de las características más interesantes de esta novela es la presentación de la “continuidad” entre los efectos de la política represiva de la última dictadura, la imposición de las políticas neoliberales de los 90, la transformación en el ámbito de la cultura y los cambios en la percepción del trabajo. Este capítulo introduce un aspecto de la narrativa argentina de los últimos quince años cuya naturaleza no es nueva, pero sí lo es su expresión: el retorno del realismo, sobre todo del realismo crítico arltiano que propone un examen del sistema de representaciones antagónicas o binarias sobre el que se ha edificado la cultura dadora de prestigio.

La intensidad de la presencia de este “realismo crítico” arltiano está ligada con la transposición literaria del contexto laboral producido por las nuevas condiciones de productividad impartidas por el modelo neoliberal. En los capítulos cuarto y quinto se analiza la perspectiva del realismo crítico en las novelas *Boca de lobo* (2000), de Sergio Chjefec y *El trabajo* (2007), de Aníbal Jarkowski. En estos textos, la figuración literaria del antagonismo entre lo manual o lo vocacional y lo intelectual o profesional, propicia nuevas perspectivas sobre la relación entre cultura y trabajo, escritura y realidad, literatura y trabajo, que muestran el papel determinante de la variable género/clase. Por un lado, estas novelas reelaboran semiótica y simbólicamente la tradición literaria, y por el otro, proponen revisiones de nociones centrales en la historia política e ideológica. Un ejemplo de esto es la novela de Chejfec, en la que puede observarse una reelaboración “Emma Zunz” (1946), de Jorge Luis Borges, y al mismo tiempo una reflexión sobre conceptos tales como comunidad, resistencia y dignidad.

Frente al topos de la mujer trabajadora, persistentemente formulado por voces narrativas y autorales masculinas, es notoria la intermitencia con que el tema del trabajo asalariado e industrial aparece en

la escritura de mujeres, quienes han reflexionado literariamente con un poco más de frecuencia sobre las relaciones de género en el ámbito de lo doméstico o del empleo en el ámbito de los servicios. Temas como la dignidad en un contexto de desempleo, la expansión del consumo, la marginalidad y la exclusión son abordados en el análisis de la novela de Jarkowski. Mediante un relato que funde reflexión crítica de corte literario con ficción, esta novela exhibe algo más que un ejemplo de las formas en que la literatura construye sentido en medio de la crisis material y simbólica con la que la Argentina puso un pie en el nuevo milenio. El texto de Jarkowski expresa una forma en que la literatura que retorna al realismo articula un discurso de denuncia despojado de las prerrogativas de la cultura letrada, conmovido y sacudido por los nuevos contextos en los que la práctica escrituraria, al igual que el trabajo, debe reinventarse. A continuación, se presenta una contextualización del tema trabajo en la narrativa y se formulan las hipótesis y objetivos de trabajo desarrollados a lo largo de cada uno de los capítulos dentro de la serie literaria propuesta.

## **Entre la racionalización del trabajo y el capitalismo emocional**

Este estudio toma como punto de partida las formas de réplica literaria al discurso social y cultural erigido por la oligarquía liberal y modernizadora de fines del siglo XIX. Los textos de Roberto Arlt constituyen una clara transposición literaria de la inestabilidad y las contradicciones de un modelo cultural dador de prestigio, edificado exclusivamente a partir de la noción de cultura letrada. En esta etapa, que puede delimitarse entre fines del siglo XIX y la década del 30, el mercado laboral de Buenos Aires se hace más homogéneo gracias a la expansión industrial que simultáneamente absorbió a los oficios calificados y estandarizó modos de producción. La organización de tipo “fordista” y “taylorista” de la fábrica implicó una noción y un empleo del tiempo apoyados en la distinción entre las tareas de concepción y las de ejecución, intensificando de esta manera el antagonismo entre los ámbitos de trabajo manuales y los intelectuales y profesionales. Esta polaridad fundacional en el proceso de modernización de Buenos Aires coincidió con la circulación masiva de la palabra escrita y la profesionalización de la escritura, que tuvieron como escenario

principales la prensa, la profusión de bibliotecas populares, la expansión de la educación formal y los salones de lectura socialistas.

La presencia de las mujeres se extendió a todos estos ámbitos y sus voces dieron cuenta del costado excluyente del proyecto modernizador. No obstante, tanto desde el feminismo ilustrado, como desde la militancia obrera, el pronunciamiento de las mujeres respecto del trabajo siguió los parámetros confusos del anarquismo en relación con la visión letrada de la cultura. Alfonsina Storni, Salvadora Medina Onrubia, Carolina Muzzilli y Virginia Bolten, son algunas de las mujeres cuyos discursos dieron cuenta del conflicto planteado entre el trabajo manual y el intelectual (sobre todo los trabajos periodísticos de Storni). Sus visiones, no obstante, naturalizan la percepción social del antagonismo entre lo manual y lo intelectual, que para la década del 30 es ya una variable determinante en la noción de “movilidad social ascendente”. Las mujeres hablan del trabajo y de lo productivo, pero reproducen el discurso hegemónico masculino y de los sectores medios: el dominio de la letra da valor al individuo y, en el caso de la mujer, es además la herramienta privilegiada para concebir la independencia con respecto de los hombres. Esto se verifica no sólo en el reaseguro del lugar público y profesional de la mujer como maestra, escritora o periodista, sino también en la reafirmación del espacio privado, donde las tareas domésticas son rechazadas (mediante la presencia “naturalizada” del trabajo doméstico, también femenino) o son toleradas como reaseguro del bienestar emocional de la unidad familiar. Los sesenta años que median entre la producción poética, teatral y periodística de Storni, y la ficción de una autora como Susana Silvestre no han cambiado la predominancia masculina en la representación literaria del trabajo asalariado, en particular del trabajo asalariado industrial, ni la adopción indiscutible de la perspectiva de clase media sobre las variables del ascenso social. Novelas como *Boca de lobo* y *El trabajo* ponen de manifiesto esta situación, a pesar de la existencia de textos como *Combi*, de Ángela Pradelli, donde, más allá de dar cuenta de la informalidad laboral, las representaciones del trabajo y de los trabajadores no tienen la relevancia semántica con la que aparecen en los textos de Chejfec y Jarkowski.

En la letra de las mujeres, el trabajo asalariado fabril no forma un topos literario y las figuraciones existentes, como la de Silvestre, no se oponen al prefigurado por los escritores. Apartadas del tono pedagógico con el que los escritores (tanto los de izquierda, como los conservadores) retrataron a los trabajadores industriales y su entorno social, las escritoras han visto en la interioridad psicológica y la educación formal las



llaves para la independencia y la igualdad de género. Desde la historia de la dactilógrafa de Storni, hasta la de Liliana Rao de Silvestre, donde en un recorrido arltiano la protagonista se libera del trabajo asalariado en todas sus formas por medio del ingreso a la universidad y al mundo de los libros, la relación de la mujer con el mundo laboral reafirma la polaridad entre la cultura y el trabajo. Incluso en los textos periodísticos de Storni, que evidencian la valoración que la escritora otorgó a la experiencia de las obreras en las fábricas, la noción letrada de la cultura está por encima del mundo doméstico, laboral semi o no calificado.

Persiguiendo el objetivo moral de conjurar el mal social generado por el ambiente industrial, o el de denunciar la explotación de los trabajadores, los escritores del 30 privilegiaron el tono pedagógico y pusieron énfasis en la preponderancia del medio por sobre el individuo. El tono pesimista de sus textos no sólo revela la opresión y explotación padecida por los trabajadores, sino que remarca el carácter irreversible de esta situación. Era inexistente, hasta la experiencia del peronismo, la idea de una movilidad social en los sectores asalariados industriales, algo que solamente cabía en el imaginario de los sectores medios, fuertemente vinculados a la actividad comercial, las profesiones liberales y la educación formal. No era posible trazar un horizonte digno para los trabajadores que resultara de la coexistencia entre el fin de la explotación, el trabajo manual calificado o semicalificado y el acceso a la cultura. No obstante, en las fronteras planteadas por la profesionalización de la escritura, los discursos políticos y sociales y el paisaje social creado por la modernización, el discurso arltiano cuestiona la relación entre individuo y alienación laboral, y el papel del antagonismo entre la cultura y el trabajo en el imaginario del ascenso social previo al período del primer peronismo.

La “fábrica racional” gestada por el concepto de *scientific management* de Frederick W. Taylor fue la directriz del modelo de producción asociado a la industrialización masiva; especialmente en los establecimientos frigoríficos de capital norteamericano (Lobato, 2001). La eliminación de los “tiempos muertos” y la descomposición y tipificación de los movimientos implicados en las tareas de ejecución (Biggs, 1996), redujeron los costos de la producción e incrementaron el beneficio del empleador a costa de la expropiación de saber (*know how*) de los trabajadores, que fueron limitados a las operaciones manuales. La “línea de montaje fordista” fue la manifestación pragmática de un modelo de producción cuyo patrón de medida era la cantidad por unidad de tiempo. A diferencia de lo sucedido en los suburbios industriales norteamericanos,

cuyas plantas frigoríficas fueron las “casas matrices” de las que se establecieron en los suburbios bonaerenses, el empleo masivo no estuvo acompañado de políticas salariales orientadas al aumento del consumo del sector asalariado industrial.<sup>7</sup> La posibilidad de que se formara una “clase media asalariada industrial” (*blue-collar middle class*)<sup>8</sup> recién tuvo lugar en la historia argentina con la llegada del peronismo. Hasta entonces, los efectos sociales y culturales provocados por la redefinición del escalafón laboral asociado a la industrialización masiva, reforzaban el lugar antagónico ocupado por el trabajo frente a otros hábitos y ámbitos públicos o privados, tales como la educación formal o la lectura.<sup>9</sup>

La percepción social de la relación entre trabajo manual y trabajo intelectual fue central en las primeras tres décadas del siglo XX, en las que el campo literario se profesionalizó simultáneamente al establecimiento de las fronteras entre los sectores medios y los asalariados industriales. La instalación del realismo como horizonte estético, y los debates en torno a éste, tuvieron lugar en el marco creado por estos dos procesos. Relecturas de *Martín Fierro* (1872), de José Hernández y

7. El aumento del consumo del sector asalariado industrial no formaba parte de una política de desarrollo industrial masiva que implicara la consecuente asimilación (y restringida integración política) de los trabajadores a las instituciones sociales y culturales hegemónicas, así como la creación de otras propias.

8. Según Benjamín Coriat el taylorismo y el fordismo llevan a cabo una apropiación del saber del trabajador, en particular del trabajador especializado. Esta apropiación dio lugar a la derrota de los sindicatos, cuya fuerza residía en su carácter corporativista. Esta “desjerarquización” que toma lugar en el plano del saber permitió la incorporación industrial de trabajadores no especializados (inmigrantes en su mayoría) a las grandes unidades de producción fabril. Como contrapartida, se produjo una “rejerarquización” en la articulación de intereses entre los aparatos (ideológicos) estatales y los diversos sectores o clases sociales emergentes.

9. A modo comparativo, el caso de los trabajadores de la industria automotriz en Estados Unidos es interesante. Estos fueron perdiendo los espacios de aplicación de su saber específico frente a la línea de montaje, y como consecuencia de las políticas laborales de supervisión del personal, también fueron perdiendo poder en la negociación de las condiciones de trabajo. A esto debe sumarse la fuerte capacidad de control de la vida de los trabajadores por la vía de la provisión de vivienda, salud, educación por parte de las mismas compañías, aumentando así no sólo sus ganancias, sino también su capacidad coercitiva y su poder para desarmar la acción sindical. De esta forma, entre otros factores de orden cultural y religioso, la familia fue reforzándose como núcleo y espacio para la absorción de los valores cívicos y la cultura general. El espacio de lo privado, el hogar, ocupaba una posición paralela a la de las instituciones públicas en cuanto a su función integradora cívica y moral.

textos como *Don Segundo Sombra* (1926), de Ricardo Güiraldes, zanjaron los conflictos creados para las vanguardias literarias cosmopolitas en torno a la necesidad de adscribirse a una tradición literaria nacional. Por un lado, novelas como las de Roberto Arlt, textualizaron las contradicciones de una cultura que daba lugar a tal genealogía y se negaba a incluir en su horizonte el mundo asociado a los trabajadores que hacían materialmente posible la modernización. En este sentido, la organización racional del trabajo basada en la separación entre lo manual y lo intelectual (las tareas de ejecución versus las tareas de diseño y dirección) ocurría al mismo tiempo en que los códigos de percepción organizados en y por el lenguaje fijaban, tanto en el campo sociocultural, como en el literario, los valores y las jerarquías sociales de los individuos en relación con la experiencia laboral. Es decir, por un lado, el proceso económico y social planteaba necesidades que no quedaban encuadradas dentro de los existentes “órdenes empíricos” (Foucault, *Las palabras y las cosas*, 5). Por otro lado, a nivel del lector, la introducción de la tradición por parte de las vanguardias allanaba el problema del antagonismo entre lo manual y lo intelectual presentando una conexión genealógica entre el trabajo manual rural, la figura del peón, la actividad intelectual urbana y la cultura cosmopolita de Buenos Aires. Esta secuencia simbólica en la que lo telúrico ocupa el lugar del origen, de instancia inicial que evoluciona hacia otro momento, caracterizado por lo intelectual y urbano, resuelve en el plano discursivo e imaginario dos momentos en la articulación de intereses de clase: el primero, identificado con la formación de una clase terrateniente y la generación de una mano de obra rural, y el segundo, marcado con la posesión de bienes de capital social, cultural y económico a la que supuestamente daría acceso la experiencia urbana. Sin embargo, la armonía del *Bildungsroman* de Güiraldes, o la universalidad del texto de Hernández, no concuerdan con la forma en que los sectores medios urbanos y clases trabajadoras experimentaron a lo largo del siglo XX la relación entre trabajo y cultura. Son las novelas de Roberto Arlt estudiadas en el primer capítulo las que claramente en una especie de anti *Bildungsroman*<sup>10</sup> dan cuenta de las contradicciones y los conflictos

10. Sobre el *Bildungsroman* en Hispanoamérica se puede consultar el texto de José Luis De Diego. “La novela de aprendizaje en Argentina” (1998), y sobre *El juguete rabioso* como una expresión concreta de texto que contesta la noción masculina hegemónica de la novela de aprendizaje puede consultarse “Desplazamientos y cambios de signo: la reescritura de *El juguete rabioso*

existentes en las zonas de contacto entre literatura y realidad social con respecto a esta relación.

## Trabajo o cultura

En las décadas del 20 y del 30, la representación realista del antagonismo entre cultura y trabajo reforzó los valores de la cultura letrada. Textos como *La maestra normal* (1914) e *Historia de arrabal* (1922), de Manuel Gálvez presentaron de manera melodramática las limitaciones del proyecto modernizador liberal, las transformaciones sociales producidas por la inmigración y la formación incipiente de una población asalariada industrial. El carácter pedagógico de los textos realistas de Gálvez, adaptaciones de los modelos realistas y naturalistas europeos, se acerca al realismo practicado por los escritores del grupo de Boedo, que desde el socialismo ilustrado también apelaban al discurso correctivo. El tono de la serie de relatos comprendidos en *Larvas* (1930), de Elías Castelnuovo, no se diferencia del de las novelas de Gálvez en cuanto a la descripción de las causas del drama social. A pesar de estar enunciados desde distintos postulados estéticos y políticos, e incluso grupos sociales, en ambos se traslucen las prerrogativas de la cultura letrada, que en última instancia son las mismas que las de los escritores vanguardistas del grupo Florida. El realismo de los relatos de *Larvas* responde a una correlación de fuerzas entre los escritores de Boedo y los de Florida, en la que los primeros cuestionan el sustrato ideológico de los segundos sin tomar en cuenta que parten de las mismas premisas culturales.<sup>11</sup> Los relatos de Castelnuovo o de Leónidas Barletta en *Los pobres* (1925), no dejan de ser expresiones en las cuales el realismo es una herramienta para mostrar una “realidad” desde una identidad de clase diferente de aquella de la cual se pretende dar cuenta y sobre la cual se intenta intervenir<sup>12</sup> desde una perspectiva

---

(1926) de Roberto Arlt, en *Si yo muero primero* (1991) de Susana Silvestre, y *La nueva rabia* (2008) de Marcelo Eckhardt” (Vázquez, 2012).

11. En *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar* (1970) David Viñas desarrolla la relación entre la literatura como profesión y la conformación y definición de la clase media respecto del conjunto de valores sociales y culturales de la oligarquía.

12. Siguiendo lo propuesto por Viñas en relación al vínculo entre la profesionalización de la escritura y la conformación de la clase media, en los textos mencionados de Castelnuovo y Barletta, el realismo es a su vez una herramienta para mostrar una realidad desde una identidad de clase que,

intelectual. Aunque el Castelnuovo de *Vidas proletarias* (1934) se distanciara del tono anarquista de los 20 y tuviera una nueva ubicación política frente a los trabajadores y, sobre todo, ante un arte y una escritura proletarios, su representación del mundo obrero naturalizaba en esta nueva instancia percepciones de un mundo de trabajo violento y brutal que dejaban entrever las contradicciones del propio Partido Comunista respecto al lugar de los líderes intelectuales y los militantes obreros no letrados (Saítta, 2008).

Las novelas *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931), de Roberto Arlt, rompieron con esta mirada crítica ciertamente acomodaticia y plantearon lo que hoy se reconoce como “realismo crítico”, estética que ha sido retomada en distintos momentos posteriores de la historia literaria argentina. Arlt pone en funcionamiento un tipo de realismo en el que la problematización de los conflictos se antepone a la pura descripción sancionadora, moralizante y pedagógica de los mismos. En este sentido, su obra “...coexiste con las experiencias vanguardistas de Florida y también con el realismo de los escritores de izquierda, agrupados en Boedo. Sin embargo, una distancia (desigual) lo separa de unas y de otros” (Capdevila, 227). Alejándose del realismo tradicional, la narrativa de Roberto Arlt excede la referencia directa e incorpora distintos planos de la realidad: la marginalidad, la violencia, el misticismo por lo industrial y lo moderno y la pobreza establecen textualmente un nuevo orden de referentes. Su adscripción a lo “verosímil” presenta una nueva dimensión que es resultado de “una serie de fracturas y distanciamientos –sobre todo en la instancia de la voz narrativa, en la construcción del personaje y en la figuración descriptiva de los espacios–, que atentan contra ese ilusionismo inicial, sin provocar por eso el efecto inverso de una desidentificación” (Capdevila, 226).

Tomando en cuenta estos aspectos, la hipótesis de trabajo central en el análisis de los textos de Roberto Arlt propone que su estética realista evidencia el papel central del antagonismo entre cultura y trabajo en el sistema cultural dador de prestigio dentro del cual se reconocen los incipientes sectores medios y al cual se supone que deben asimilarse

---

aunque intenta diferenciarse de los valores de la oligarquía, tiene presente en su horizonte ideológico y en el imaginario sobre aquellos a quienes quiere representar en la ficción, la serie de aspiraciones sociales encarnadas por la oligarquía. Por ejemplo, la relación con la cultura europea y los viajes, como señala Viñas al referirse a la incorporación de escritores como Lugones a grupos como Martín Fierro.

los sectores asalariados industriales. En el mundo arltiano adquiere un peso inédito la representación del tiempo de la jornada laboral. Mediante la inversión semántica de los núcleos temáticos trabajo y robo (Jitrik 1976), los textos de Arlt aquí estudiados presentan la disonancia entre el imaginario del ascenso social y sus alcances en el plano de la realización material. Las novelas *El juguete rabioso* (1926) y *Los siete locos* (1929) entran dentro de una serie en la que también se encuentran *Los charcos rojos* (1927) de Bernardo González Arrili e *Historia de arrabal* (1922) de Manuel Gálvez. Más allá de las diferencias entre los autores y sus formas de adscribir al realismo, estos textos dan cuenta de la conflictividad ideológica que subyace en el discurso literario. Tal conflictividad tiene sus raíces en la inmigración, la industrialización y la formación de un sector asalariado industrial que hacia las décadas del 40 y del 50 adquiriría los rasgos de una clase media de origen asalariado industrial.

## Trabajo e identidad social y política

El surgimiento del peronismo (1945) puso en la escena política las necesidades de un sector asalariado cada vez más homogéneo por sus características laborales, aunque también más heterogéneo o diverso por su origen. Ya no se trataba de inmigrantes o argentinos de primera generación residentes en la Capital Federal o en el conurbano bonaerense, sino de trabajadores procedentes del interior del país, de áreas rurales o semirurales y ajenos por completo a los hábitos socioculturales de la urbe. Este es el punto de partida de la segunda episteme abordada en este libro, y en la que se observa el trabajo sobre el lenguaje en concomitancia con los discursos ideológicos y culturales, y con los imperativos políticos. La mirada sobre el contexto histórico prioriza aquí el impacto de la presencia política de las clases trabajadoras<sup>13</sup> surgido

13. El uso del plural aquí sigue lo propuesto por Edward P. Thompson en su estudio sobre los orígenes de las clases trabajadoras en Inglaterra. Al enumerar los elementos que conforman un particular estado de conciencia de clase, Thompson identifica no sólo factores relacionados con el desarrollo de la sociedad industrial, sino también la confluencia de tradiciones de lucha y protesta (en el caso inglés también vinculadas a lo religioso) como la tradición del aprendizaje autodidacta, la filiación del movimiento cartista a la producción de los artesanos, etc., y entre los cuales incluye la formación de instituciones, cuyos valores son luego retomados por diversos sectores o agentes sociales en las sucesivas luchas. A partir de esta visión histórica sobre la conformación

con la experiencia del peronismo. La continua profusión de textos de análisis histórico, social y político sobre el peronismo confirma, una vez más, su posición medular e inquisitoria en la historia política argentina. No obstante, el papel jugado por el peronismo en el plano de las representaciones simbólicas, en la construcción de códigos de percepción social, ha comenzado a ser estudiado desde el campo la historia cultural apenas recientemente.<sup>14</sup> El segundo capítulo de este libro se inserta en la incomodidad que plantean los interrogantes planteados por la reconfiguración del campo cultural y de las identidades políticas y de clase a partir de la experiencia del peronismo.

Las intervenciones intelectuales y la literatura realista de fines de la década del 50 están atravesadas no sólo por la necesidad de revisar el “fenómeno peronista”, sino también por la de llevar a cabo un ajuste dentro de un modelo cultural fuertemente sacudido en sus bases ideológicas desde el campo de la experiencia política. Ante la caída del peronismo, los intelectuales de las clases medias se plantean la importancia de dialogar con las masas politizadas de origen asalariado e interpretar sus necesidades y su realidad. El grupo de la revista *Contorno* ofrece nuevos cuestionamientos sobre la naturaleza de la distancia entre el mundo de la cultura y el de la reproducción material, aunque fundamentalmente se trata de un balance sobre lo bueno y lo malo del peronismo que permite dar cabida nacional a la noción sartreana sobre el compromiso del intelectual. A propuestas como la de Ezequiel Martínez Estrada en “¿Qué es esto?” (1956), en la que el autor afirma que “el país se habría configurado de manera equivocada y los errores serían irreversibles” (en Altamirano 90), los miembros del grupo responden con un tono politizado que demanda un mayor compromiso intelectual de los escritores con lo nacional y los problemas de clase. Por lo tanto, preguntas como ¿a quién representa la literatura?, son respondidas desde la ficción con novelas como *Los dueños de la tierra* (1958), de David Viñas, en la que, sin ser una novela de tesis, predomina un elemento sociológico e histórico sobre el adentro y afuera del mundo laboral. De un modo diferente, otro texto paradigmático del grupo, la novela *El precio* (1956) de Andrés Rivera, plantea ese dentro

---

ideológica de la conciencia de clase es que el autor advierte que es necesario hablar de clase(s) trabajadora(s) en vez de clase trabajadora.

14. Además de distintos ensayos académicos recientes sobre el peronismo, vale la pena mencionar aquí textos recientes como *Cine y peronismo, el estado en escena*, de Clara Kriger (2009) y *Dignifying Argentina. Peronism, Citizenship, and Mass Consumption* de Eduardo Elena (2011).

y fuera de la fábrica mediante una temporalidad fragmentada, cuyo mayor logro es revelar los conflictos ideológico-culturales desatados por la experiencia del peronismo. En este texto, la fragmentación narrativa presenta una síntesis histórica de la formación de la conciencia de clase y la transmisión intergeneracional de las identidades políticas. La fórmula realista de la novela tiene como objetivo impulsar el compromiso del intelectual y de los lectores de clase media con un proyecto nacional de clase centrado en los sectores trabajadores.

Desde el campo de las ciencias sociales, este período ver surgir dos textos seminales en los estudios del peronismo y del realismo: *Realismo y realidad en la narrativa argentina* (1961), de Juan Carlos Portantiero y *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (1971), de Portantiero y Miguel Murmis. El primero prefiguró los rasgos de un realismo que sobrevivió hasta mediados de los 70, momento en el que sucumbe tanto por el peso insostenible del imperativo político, como por el terror sistemático con que la última dictadura militar (1976-1983) quebró los vínculos de solidaridad social; y el segundo modeló una forma de abordar el peronismo que privilegió la comprensión histórica del fenómeno político. Con este marco, la hipótesis de trabajo del segundo capítulo parte de dos hechos “contradictorios” y relevantes tanto para el momento histórico estudiado, como para la actualidad cultural argentina: la persistencia política y social del peronismo, y la también persistente tendencia a antagonizar cultura y peronismo, como pensamiento sucedáneo a ese otro antagonismo que es el de la cultura y el trabajo.

En el período que nos ocupa, la estética realista de la novela *El precio* (1956), de Andrés Rivera y los relatos “Cabecita negra” (1963), de Germán Rozenmacher y “El fiord” (1969), y “El niño proletario” (1973), de Osvaldo Lamborghini pone de manifiesto el reajuste ideológico-cultural que tiene lugar en los sectores medios y en la cultura letrada gracias a la apropiación por parte de los intelectuales del potencial político liberado con el derrocamiento del peronismo en 1955. La propuesta central del capítulo es que en este reajuste ideológico-cultural, el campo literario apropió elementos identificables con el imaginario social generado por el peronismo, pero los asimiló a un esquema cultural binario que no sólo continuó excluyéndolo, sino que siguió reproduciendo el antagonismo entre el mundo del trabajo y el de la cultura. A causa del universalismo cultural letrado, los textos estudiados revelan un compromiso ciertamente acotado que deja intacto el conflicto entre la cultura y el trabajo que había sido presentado en las novelas de Arlt dos décadas antes. En los textos, el imaginario social colectivo,



que incluye ahora la experiencia peronista, mantiene las premisas de movilidad social ascendente asociadas a la experiencia de los sectores medios, centrada en la educación y en la vida urbana.

## El trabajo y la crisis de representación

Hacia mediados de los 70, la militancia y el compromiso devenidos a la luz de la resistencia peronista posterior a 1955, se vieron afectados por cuatro fenómenos simultáneos e interrelacionados: la radicalización del imperativo político, que planteó disyuntivas de orden ideológico, la extensión de la lucha armada, la represión sistemática con la que respondieron los distintos gobiernos de facto y la censura impuesta por la dictadura instaurada en marzo de 1976. La falta de libertad de expresión no era un hecho inédito en la historia social y política, pero lo que sí no tenía precedentes es el terror estatal masivo y sistemático con el que se buscó eliminar a toda expresión político-ideológica. La supresión de toda estética realista constituyó entonces una estrategia de supervivencia frente a la censura, la tortura y la persecución ideológica.

El modelo narrativo que se consolidó desde principios de los 80, y se reafirmó durante gran parte de la década del 90, apuntó principalmente a un lector capaz de decodificar el sentido del texto. Textos paradigmáticos del período, como *Respiración artificial* (1980), de Ricardo Piglia, *En el corazón de junio* (1980), de Luis Gusmán, *Nadie nada nunca* (1981), de Juan José Saer, y en algún sentido *Soy paciente* (1980), de Ana María Shua, dicen lo político mediante una escritura elíptica y alegórica en la que abundan relatos que remiten a otros relatos, exhaustivas descripciones de aspectos mínimos e hipertextualidad literaria. El trabajo con el lenguaje dejó de tener como imperativo el cuestionamiento ideológico-político a partir de la representación de la realidad, y pasa a tener por objetivo mostrar el entramado del texto, su costura, un decir lo político a partir de la conciencia sobre el papel del discurso en la historia. Apenas recobrada la democracia (1983), la literatura busca continuamente reafirmar la autonomía del campo literario; tono compartido también por los discursos de la crítica cultural. Para esto, se intenta destruir toda noción de certeza o totalidad que pueda manar de los textos, por lo que la autorreferencia literaria o la hiperliterariedad se tornan los recursos más frecuentes o hegemónicos (Avellaneda, *Recordando con ira*, 2003).

La década del 90, sobre todo desde mediados, ve surgir una narrativa en la que hay una reconfiguración de las estrategias y, por ende, una convocatoria a otro tipo de lectura (y, probablemente, a otros lectores). El referente extraliterario es tratado de modo tal que surgen de los textos nuevas problematizaciones que dan cuenta de una relación conflictiva entre literatura y realidad, y en la que resaltan temáticamente el pasado dictatorial, la crisis del modelo neoliberal y el mundo del trabajo. Algunos ejemplos de esto son las novelas *Villa* (1995), de Luis Gusmán, *Vivir afuera* (1998), *La experiencia sensible* (2001) y *En otro orden de cosas* (2001), de Rodolfo Fogwill, *Boca de lobo* (2002), de Sergio Chejfec y, sobre todo, *El trabajo* (2007), de Aníbal Jarkowski. Sin reservas, estos textos tienden a eliminar, o al menos a reducir, las incertidumbres y proponen buscarle un sentido posible a la realidad. Claramente, aparece en ellos no sólo el cuestionamiento de las convenciones estéticas que desplazaron al realismo, sino del realismo mismo y de su lugar en la tradición literaria argentina. Pero este cuestionamiento no se queda dentro de los límites del campo literario reafirmados durante la década y media previa, sino que los trasciende y coloca en el centro de la literatura la relación entre el trabajo del escritor y los otros trabajos, y con esto, le da una nueva mirada al debate sobre la relación entre realidad y ficción. El contexto abierto por la crisis social de 2001 significó, entre muchas otras cosas, la generación de nuevas experiencias, expectativas e interrogantes sobre las variables socioculturales de la movilidad social y la experiencia laboral. Esto dio inicio a una revisión de la historia cultural y política argentina de los últimos treinta años en la que ocupa un lugar cada vez más relevante el estudio de la relación entre la generación de códigos de percepción cultural y el mundo de la reproducción material. Por lo tanto, la reaparición en el mundo literario de la relación entre el trabajo y la cultura ni es casual, ni se debe a la dinámica autónoma del propio campo literario. Por el contrario, la relevancia semántica del trabajo y la cultura en parte de la narrativa reciente es una manifestación de la autonomía relativa del campo literario, es decir, de su vinculación con la formación histórica de las identidades sociales, de clase, de género y políticas.

A partir de estas observaciones, la hipótesis del tercer capítulo propone que parte de la narrativa que registra el pasaje de lo alusivo a lo directo revisa la relación entre el trabajo literario y la realidad social. Para esto, el nuevo discurso realista apela a un trabajo sobre las convenciones del realismo que reformula la relación entre los significantes textuales y el campo semántico extra textual. De esta manera la

literatura cuestiona sus propios límites en el nuevo contexto social a medida que lo transforma en referente literario. Dentro de este planteo, las relaciones entre ficción y referente extraliterario, escritor y realidad social, literatura e historia, son necesarias para entender una literatura a la que no le basta con hacer literatura sobre sí misma, sino que necesita pensarse como parte de un todo complejo, heterogéneo, material y simbólicamente en crisis. La novela *En otro orden de cosas* (2001) de Rodolfo Fogwill es una exposición explícita de procesos semióticos involucrados en la relación entre literatura, trabajo y cultura en el nuevo contexto impuesto por los efectos de las políticas neoliberales. La relación de algunos personajes de estos textos con el trabajo manual, en una primera instancia, y con el trabajo intelectual, en una segunda etapa de su vida, abre interrogantes sobre el significado social e individual del tiempo; sobre todo del tiempo libre, planteo que a su vez inicia disquisiciones sobre el significado social del “tiempo productivo”. Los dos aspectos más relevantes de estos textos son la aparición de una fórmula realista desligada del imperativo político y de voluntad de representación total, y la crítica ética, estética y moral de la relación entre el trabajo y la cultura, cuyo eje es el cuestionamiento del orden jerárquico del saber. En el retorno de la estética realista o de “los nuevos realismos” (Lópe Casanova, 2008; Vázquez, 2009), tal como se los analiza en los capítulos cuarto y quinto, la desjerarquización del saber constituye uno de los planteos claves en la presentación reflexiva y reconfiguradora de la realidad propuesta por la narrativa reciente. Estos nuevos realismos reformulan y subvierten topos literarios tradicionales de la literatura argentina del siglo XX, entre ellos el de la mujer obrera.

## Lenguaje y trabajo

Los capítulos cuarto y quinto se ocupan respectivamente del análisis de las novelas *Boca de lobo* (2000), de Sergio Chejfec y *El trabajo* (2007), de Aníbal Jarkowski. Ambos textos se emplazan, al igual que el texto de Fogwill, en la tercera etapa o episteme de análisis. También en ellos se despliegan interrogantes sobre el saber, principalmente acerca del papel que juega en la relación entre el trabajo y la cultura, así como en la imposición de jerarquías sociales. Pero a diferencia del texto de Fogwill, estas novelas tienen como núcleo semántico específico el trabajo y su relación con las variables de género y clase. El tipo de lenguaje realista que presentan sugiere una conexión con el realismo

crítico de Arlt, por lo que en estos capítulos se retoman los planteos sobre la relación entre el trabajo y la cultura, escritor y realidad, ya presentes en el análisis de los textos de Roberto Arlt, pero enfocando ahora las variables de género/clase.

Daniel James y John French (1997) señalan que en los estudios sobre el trabajo, el género es una categoría teórica clave que permite reflexionar más allá de las actividades laborales femeninas y de las trabajadoras. Según estos historiadores, la perspectiva teórica que combina clase y género quiebra dicotomías tales como privado/público, cultura/trabajo, familia/comunidad, manual/intelectual, calificado/no calificado, y trabajo/ocio, entre otras. Para los autores:

Las trabajadoras y los trabajadores no reproducen directamente dentro de su clase las ideologías de género dominantes en la sociedad. Tampoco crean sus propias identidades de género en tanto miembros de su clase. En todo caso, lo que existe es una interacción dinámica entre ambas variables. Así como hay formas de ser trabajador o trabajadoras relacionadas con lo masculino o lo femenino, también hay una forma de ser hombres o mujeres relacionadas con las experiencias de la clase trabajadora. (6)

Por estas razones, ambos capítulos no parten de definiciones fijas y predeterminadas de las categorías de género y de clase. Por el contrario, el uso heterodoxo de éstas tiene como propósito el ampliar y complejizar el estudio de la construcción recíproca de las identidades de clase y género mediante la comprensión de la relación entre los ámbitos de la cultura y del trabajo.

El capítulo que aborda la novela *Boca de lobo* estudia la representación del antagonismo entre el trabajo y la cultura en la sociedad argentina mediante el análisis de la representación literaria de la trabajadora industrial. Específicamente, el análisis propuesto busca comprender la forma en que las representaciones literarias de la mujer obrera, impartidas desde la mirada masculina, refractan el carácter antagónico de la relación entre trabajo y cultura. Teniendo esto como objetivo principal, la hipótesis del cuarto capítulo plantea que *Boca de lobo* invierte la representación tradicional de la trabajadora industrial; es decir, el texto cambia la significación de un topos altamente literario como el de la obrerita, proponiéndole así al lector una exploración sobre la interacción entre género, clase, trabajo

y cultura que se extiende más allá de las posibles conexiones histórico-temporales que el texto permite inferir.

El quinto capítulo analiza la forma en que la novela *El trabajo* (2007) de Aníbal Jarkowski presenta la precarización del empleo<sup>15</sup> mediante un discurso realista que plantea no sólo una mirada autocrítica sobre el campo literario, sino que se convierte en una denuncia de la realidad producto de la crisis económica y moral. Si bien el trabajo es uno de los núcleos semánticos destacados en este último grupo de novelas mencionadas, es el texto de Jarkowski el que textualiza de forma explícita la existencia de un vínculo entre el trabajo como tema, el realismo en tanto elección estética y el lugar del escritor en la sociedad. El antagonismo entre el mundo laboral y la cultura aparece en esta novela de forma tal que la escisión entre lo manual y lo intelectual pierde su “naturalidad” para revelarse como instrumento de jerarquización social. El texto presenta una voluntad de denuncia y crítica de la tensión entre cultura letrada y trabajo que remite directamente a los planteos iniciales de este libro sobre la significación espiritual del trabajo. En esta novela, la presentación textual de una equivalencia entre prostitución y degradación del empleo es una herramienta central para criticar las valoraciones sociales de lo manual y lo letrado sobre las cuales se ha edificado el sistema cultural en el que los sectores medios se han reconocido y al que los sectores asalariados han tenido que asimilarse. Esta correspondencia alude a un campo semántico extra literario donde el abuso y la explotación regulan el mercado laboral, y en el que la búsqueda de significación espiritual del trabajo parece, en la actualidad, una causa perdida.

15. La precarización laboral refiere tanto al proceso iniciado con la desindustrialización que tuvo lugar a partir de fines de la década del 70, como a los efectos de las leyes económicas de corte neoliberal aplicadas durante los 90. A la regresión en el plano productivo y al retroceso en el plano de la legislación y los derechos laborales, se debe sumar el hecho de que la expansión del sector servicios dentro de la estructura productiva ha puesto en cuestionamiento el paradigma de productividad predominante hasta la década del 70, que se centraba en la relación cantidad por unidad de tiempo, generando una compleja relación material y simbólica entre expansión del consumo, escasez material y condiciones laborales precarias. La incorporación de tecnología, junto a la asimilación sociopolítica, e ideológica de los sectores asalariados (Hoggart, 1957), ha intensificado una reorganización del mundo del trabajo que marcha en detrimento de los logros alcanzados en materia de derecho laboral durante las décadas del 40 y del 50. Un ejemplo pertinente al tema de esta novela es el de las transformaciones operadas en el ámbito de la oficina por la introducción de estrategias de control y estímulo del personal.

Al respecto, a lo largo de este estudio se observa el modo en que las transformaciones al interior del discurso literario demuestran lo señalado por André Görz (1989) sobre las transformaciones del mercado de trabajo a partir de mediados de la década del 70. Para este autor, una de las posibles formas de enfrentar y resolver los efectos traumáticos de las transformaciones en el mercado de trabajo es la “desjerarquización” del saber. La propuesta de Görz parte del análisis de la situación laboral actual a nivel mundial, en la que se observa el carácter anómalo y contradictorio de la estructura productiva y de los aparatos sociales e ideológicos que reproducen la precariedad y la explotación. Según Görz, la desjerarquización del saber profesional y la revaloración del trabajo manual generarían la posibilidad de una “redistribución” de los puestos de trabajo y un refortalecimiento de los trabajadores. En gran medida, este análisis sobre la relación entre literatura, cultura y trabajo desde la representación literaria realista busca repensar las significaciones del trabajo y contribuir a la creación de un debate amplio sobre la necesidad de reformular el lugar de lo manual partiendo del cuestionamiento de las premisas de un sistema cultural trazado desde la perspectiva letrada.

Las líneas interpretativas ofrecidas sobre la relación entre las representaciones sociales del trabajo y sus modos de réplica literaria reformulan interrogantes sobre las transformaciones en el mundo del trabajo y sus efectos en las identidades de clase y de género, así como también cuestionan el vínculo entre éstas identidades y las prácticas culturales. En efecto, este estudio tiene como propósito demostrar que tanto la autonomía relativa del campo literario, como la del cultural no están desvinculadas de las formas en que se ha establecido históricamente la relación entre lo manual y lo intelectual, el cuerpo y la mente, el mundo cultural y el laboral. Simultáneamente, este estudio pretende mostrar que los conceptos “trabajo” y “calificación laboral” poseen una naturaleza dinámica e histórica asociada a las representaciones culturales y sociales producidas en el terreno de las disputas ideológicas y materiales. En última instancia, éste libro busca retomar el camino de Weil para repensar los conceptos trabajo y cultura, manual e intelectual, partiendo de las claves presentes en el discurso literario. Es esta una invitación a indagar la existencia de condiciones de posibilidad para la formulación de un nosotros trabajadores en un sentido amplio; un nosotros que la historia ha tratado de borrar desapareciendo proyectos, tornándolo indigno y casi imposible de nombrar.